

excitan hácia la Providencia el amor del género humano, el cual agitado durante mucho tiempo por el error, llega en fin á reconocerla como el objeto mas precioso y saludable de todos. Por lo tanto, aun cuando los filósofos hubieran caído en los errores mas graves, no por eso habrían proporcionado ménos ventajas á la humanidad, la cual conoce ya, precisamente por sus dudas y sus doctrinas incompletas, la necesidad y el precio inestimable de una filosofía sólida y verdadera. »

Los grandes extravíos de Bacon nacieron, á mi parecer, de su pretension de separar las ciencias cuya perfeccion solo puede provenir de su armonía, y las cuales, cuanto mas adelantadas, mas se las ve dirigirse hácia una unidad grandiosa. Dotado dicho filósofo de una imaginación viva, siendo un escritor sensato, ingenioso y elocuente, y estando enamorado de la ciencia, una presunción inmoderada y el aspirar á victorias vanas y momentáneas sobre la opinión establecida, ántes que á proporcionar verdaderas ventajas al espíritu humano y á la sociedad, fueron causa de que confiase en poder destruir cuanto se habia hecho y dicho hasta entónces y presentar nuevos métodos para interrogar á la naturaleza. Sus métodos no se siguieron, y tal vez puede decirse de él con razon lo que él aplicó sin fundamento á los Griegos, cuando los comparó con los niños, los cuales hablan mucho y no hacen nada.

Y si recordamos que consideraba la física como la única ciencia, y la moral, la política y la jurisprudencia como conocimientos de mera opinión (1), y como estériles en obras (*operis effete*), y distantes de la práctica; si recordamos la vida del canciller inglés, las bajas adulaciones que tributó á Jacobo I, la justificación que hizo del asesinato jurídico de Stanley, sus sugerencias al que creía haber ofendido al príncipe para que echase con destreza la culpa á otro, hagamos votos sinceros por que, cualquiera opinión que se tenga de él como restaurador de las ciencias físicas, ninguno le siga en las morales y ninguno se atenga á los consejos que da al que quiera labrar su propia felicidad (2).

#### § 4. DESCARTES.

*Se refiere á la Narracion, lib. XVI, cap. 39.*

« Renato Descartes mostró desde su infancia una curiosidad notable por indagar la naturaleza y las causas de cuanto veía, acompañada de una facilidad y exactitud extraordinarias para concebir las cosas. Habiendo entrado muy

(1) « Artes populares et opinabiles. De aug. scient. Doctrinae » quæ in opinionibus hominum positæ sunt, velut in moralibus » et politicis. »

(2) Como naturalista le juzgó últimamente de un modo muy severo Justo Liebig. Sobre esto véase el tomo V de nuestra Historia.

jóven en el colegio de Jesuitas de La Fleche, donde estudió literatura y filosofía, á los diez y siete años empezó á reflexionar con poca satisfacción suya sobre el estado de sus estudios, encontrándose lleno de errores y teniendo que confesar que no habia adquirido mas que la convicción de su ignorancia. Sabia que habia sido educado en una escuela célebre, y no se hallaba inferior á sus coetáneos; pero la moral, la lógica y aun la geometría de los antiguos no llenaban su espíritu de aquellas verdades puras de que tanto deseo tenia. Habiéndose marchado de La Fleche, pasó algunos años en el gran mundo y sirvió como voluntario á las órdenes del príncipe Mauricio y en el ejército imperial; pero durante este tiempo se retiró algunas veces de la sociedad para entregarse á las matemáticas, y ya bullían en su espíritu algunos gérmenes de su filosofía propia.

« Acababa de cumplir veintitres años, cuando estando un invierno en Neuburg sobre el Danubio, empezó á meditar sobre la futilidad de los sistemas de filosofía que existían entónces y la variedad de opiniones que habia entre los hombres; todo lo cual hacia concebir la probabilidad de que ninguno hubiese encontrado la verdadera ciencia. Resolvió ponerse á buscarla por sí solo, empezando por desechar todos los juicios anteriores como prematuros y precarios. Tomó por guía unas cuantas reglas fundamentales de la lógica, por ejemplo, no admitir como verdadero sino lo que estuviese bien demostrado, y proceder de las ideas simples á las complejas, tomando por verdadero arte de raciocinar el método con que los geómetras habian llevado sus ciencias mas allá que los otros las suyas. Empezando, pues, por las matemáticas, y observando que, aun cuando estas ciencias tienen objetos diferentes, en realidad solo tratan de las relaciones de la cantidad, logró hacer casi por casualidad el gran descubrimiento de que las curvas geométricas pueden expresarse algebráicamente (1); resultado que le hizo concebir las mayores esperanzas de la aplicación de su método á las demas partes de la filosofía.

« Pasó diez años observando á los hombres en diferentes países de Europa, sin perder nunca de vista el fin que se habia propuesto, y no habiendo concebido todavía un sistema de filosofía diferente de los de sus contemporáneos, porque no se creía aun capaz de emprender nada nuevo. Pero á los treinta y tres años, convencido de que un completo retiro era indispensable para la vigorosa investigación de los primeros principios, á la cual estaba resuelto á dedicarse enteramente, dejó á Paris casi sin que lo supiesen sus amigos y se retiró á Holanda. Allí estuvo ocho años libre de distracciones y ocultando el lugar de su retiro, aunque mantuvo correspondencia con muchos amigos suyos de Francia.

(1) *Œuvres de Descartes, par M. Cousin, Paris, 1824* tomo I, pág. 143.

« En 1637 dió á luz un volumen que comprendía el *Discurso sobre el método la Dióptrica, los Meteoros y la Geometría*. En el Discurso, que es por suerte el mas notable entre los escritos de Descartes, porque nos pinta en él su vida y la historia de sus escritos, está contenida la metafísica cartesiana, compuesta de muy pocos artículos y expuesta casi con tanta minuciosidad como en sus obras sucesivas. Estos principios fundamentales se hallan desenvueltos mas á la larga en las *Meditaciones de prima philosophia* publicadas en 1641 en latin, y sobre las cuales provocó la crítica de los filósofos; estos la aceptaron y en las ediciones siguientes se encuentran siete series de objeciones hechas por siete personas, con las respuestas de Descartes.

« Los *Principios de filosofía* publicados en latin en 1644 contienen lo que puede mirarse como la exposicion final, que ocupa la mayor parte del libro primero, escrito con laconismo y precision, y en el cual se muestra mejor que en ninguna otra parte la belleza de estilo filosófico que distingue á Descartes. Clerselier, sabio amigo de este, hizo la traducción de dicha obra, la cual contrasta con la brevedad elíptica de Aristóteles, que indica con pocas palabras los puntos mas importantes, y con la declamación hinchada y figurada de muchos metafísicos modernos. Mallebranche y mas todavía Arnauld imitaron la admirable exactitud de su maestro.

« Su tratado póstumo é incompleto intitulado: *Investigación de la verdad con las luces naturales*, no contiene mas que un desarrollo parcial de los mismos principios esenciales del cartesianismo. En las obras de Descartes hay muchas repeticiones aparentes; pero quien las examina con atención, ve que las ideas no varían mucho en el fondo, y que las diferencias resultan de las nuevas luces que arroja en el discurso de sus reflexiones.

« Continuando el examen de los primeros principios de los conocimientos, advierte Descartes que no solo hay motivo para dudar de las diversas opiniones que encontró recibidas entre los hombres, en razon de su propia variedad, sino que las mismas fuentes de lo que él habia reconocido por verdad pura, es decir, los sentidos, no le suministraban ninguna certeza positiva. Se acordó de las muchas veces que le habian engañado apariencias que á primera vista no le habian ofrecido ningun indicio de inexactitud; pero en vano se preguntó qué signo infalible le haria conocer la realidad de los objetos exteriores, ó á lo ménos su conformidad con la idea que se formaba de ellos. Las fuertes impresiones que recibía en sueños le condujeron á investigar si cuanto veía y oía podia ser un sueño. Es verdad que parece que existen algunas ideas mas elementales que otras, como las de extension, figura y duración, las cuales no podia considerar como ilusorias, y así no podia negar que aun cuando no existiese ningun triángulo en el mundo, la suma de los ángulos de uno concebido mentalmente, aunque fuese en sueños, debía ser igual á dos rectos. Mas no tardó en ver que aun faltaba algo á la certeza de esta demostración, no siendo imposible engañarse en un razonamiento geométrico, y pudiendo el haberse engañado en este, mayormente siendo un encadenamiento de consecuencias, cuyos términos particulares no están presentes en el alma en el mismo instante. Sobre todo podia haber un Ser Supremo que tuviese voluntad y poder para engañar; y el tratar esto como cosa improbable, como hipótesis arbitraria, no era responder á ello. Descartes habia sentado por principio que no podia aceptarse como verdadero sino lo que era susceptible de demostración, y dice (cosa que parece algun tanto hiperbólica y extravagante) que él hallaba poca diferencia entre una suposición meramente probable y una falsa; en lo cual se debe creer que habla como geómetra.

« Deponiendo así toda creencia en lo que el mundo tiene de cierto, perdió Descartes algun tiempo nadando en una especie de abismo; pero no tardó en poner los piés sobre una piedra, desde la que pudo salir á tierra. Dudando de todo, y abandonándolo todo, llegó á hacerse esta pregunta: ¿Qué cosa es la que niega y duda? Es menester que sea algo: pudo muy bien engañarle algun poder superior, mas el engañado era él: sentía su propia existencia, y la prueba de ello era sentirla, haberla afirmado, dudar de ella, y en suma el ser una sustancia capaz de pensar. *Cogito, ergo sum*: este famoso entimema de la filosofía cartesiana ocultaba bajo un lenguaje algun tanto sentencioso lo que era para él y debe ser para todos nosotros la base eterna de convicción, base que ningun argumento puede asegurar y ningun sofisma destruir; el sentimiento de un ser interior, de un yo indivisible é inteligente. La sola prueba de este hecho es que no necesita ninguna, pues no hay á quien pueda ocurrir dudar de buena fe de su propia existencia, ó expresar una duda relativa á esta sin caer al punto en el absurdo.

« El escepticismo temporal de Descartes no tiene nada que ver con el de los pitagóricos, aun cuando algunos de sus argumentos han sido tomados de la escuela de estos. Ni tampoco, lo que es digno de reflexión, hizo uso de los raciocinios que empleó despues Berkeley contra la existencia del mundo material, sin embargo de que ninguno mejor que Descartes ha hecho distinción entre la realidad objetiva (cual se suponía entónces) de las ideas en el espíritu, y la exterior y sensible de las cosas. Tan lejos estaba del escepticismo que sus errores provinieron, sin que él lo advirtiese, de una causa enteramente opuesta, de un exceso de confianza en teorías que no podia demostrar y á las cuales no podia atribuir mucha probabilidad.

« La certeza de un yo que existe condujo fácilmente á Descartes á las operaciones del alma

que llamó después Locke *ideas de reflexión*, como la creencia, la duda, la voluntad, el amor y el temor, operaciones cuyo íntimo sentimiento tenía y por las cuales conocía la existencia del yo. Entonces dió un paso más, y reflexionando sobre las verdades más simples de la aritmética y de la geometría, vió que era tan imposible dudar de estas como de las operaciones del alma. Y habiendo intentado dudar de estas últimas, suponiendo que pudiese engañarle algún poder inteligente superior, creyó deber indagar si existía en realidad dicho poder, y en caso de ser así, si este podía engañar. La primera cuestión la resolvió afirmativamente; pero la segunda no, en virtud de un razonamiento muy sutil, que fué tan celebrado en el siglo XVII, mas que después no se encontró siempre concluyente, porque no es otra cosa que una especie de discurso difícil de comprender por el que no esté familiarizado por una larga práctica con las investigaciones metafísicas.

» Véase á continuación la sustancia de él. Habla en sí mismo la idea de una inteligencia perfecta, eterna, infinita y necesaria. Esta idea no podía provenir ni de él mismo, ni de las cosas exteriores, porque tanto en las últimas como en sí mismo hay imperfección, y no puede existir en el efecto lo que no se halla en la causa. Y como dicha idea exige una causa, no podía darse otra que un ente real, no bastando uno posible, que no podría distinguirse de un simple no-ser. Si esto se negase, él preguntaría, si, con esta idea de Dios, hubiera podido existir por otra causa que no fuese Dios. No podría por sí mismo, porque si él fuese autor de su propio ser, se hubiera dado todas las perfecciones, sería Dios: ni tampoco por sus progenitores, pues con poca diferencia se podría decir de ellos otro tanto: y así sucesivamente, ascendiendo á una serie de seres productores. Por otra parte, tanto poder se requiere para conservar como para crear, y lo continuación de la existencia en el efecto supone la acción continua de la causa.

» Á este argumento tan sutil unió Descartes otro todavía más distante de la común comprensión. La existencia necesaria se halla incluida en la idea de Dios, pudiendo concebirse las demás cosas en la propia esencia como posibles, mientras que solo en Dios la esencia y la existencia son inseparables. La existencia es necesaria á la perfección; por lo que no se podría concebir un ente perfecto, ó Dios, sin existencia necesaria.

» Este sutilísimo argumento es sofístico, y los adversarios de Descartes le han objetado siempre que deducía la necesidad del objeto de la necesidad de la idea, la cual era el punto en cuestión. No parece que se pueden justificar un gran número de expresiones suyas de las que nunca tomaba por puntos de partida en la controversia suscitada por sus *Meditaciones*; pero una larga costumbre de repetir en su espíritu la misma serie de razonamientos le había dado,

como hubiera sucedido á cualquiera otro, una íntima seguridad de su certeza, la que ninguna objeción podía debilitar.

» De la idea de un ser perfecto dedujo Descartes inmediatamente la verdad de su creencia en un mundo exterior y en las inducciones sacadas de su razón. Engañar á las criaturas sería en Dios una imperfección, y él es perfecto. Por lo tanto todo lo que nuestra razón concibe con claridad y distinción, debe ser verdadero; solo debemos guardarnos de la precipitación, de las preocupaciones y de sacrificar nuestra razón á la autoridad de los demás. Á nosotros no nos engaña nuestro entendimiento, tal como Dios nos le concedió; pero tenemos por lo común tan poca precaución en el ejercicio del libre albedrío, prerogativa sublime de nuestra naturaleza, que no discernimos lo verdadero de lo falso, y afirmamos por un acto involuntario lo que no concebimos bien. Nuestro espíritu concibe con perfección las propiedades de la cantidad que se fundan en nuestras ideas de existencia y de número, y por esto la aritmética y la geometría son ciencias de verdad cierta. Pero cuando Descartes se pone á meditar sobre los fenómenos de la sensación externa, no puede desentenderse de su primera concesión, base de su duda, de que los sentidos nos engañan alguna vez, y se ocupa en conciliarla con su sistema, que había establecido sobre la perfecta veracidad de Dios la certeza de todo lo que terminantemente teníamos por cierto.

» En esta investigación toca la distinción importante entre las propiedades primarias y secundarias de la naturaleza (no siendo estas últimas más que modificaciones de las primeras, relativas solo á nuestra manera de concebir; mas no inherentes á las cosas), distinción que, sin ser muy nueva, estaba en contradicción con las teorías aristotélicas de las escuelas, y observa que, rigurosamente hablando, no nos engañan nunca los sentidos, sino las inducciones que sacamos de lo que ellos nos dicen.

» Tal es, poco más ó menos, la sustancia de las tres obras metafísicas de Descartes y la historia del tránsito del alma de la opinión á la duda, y de la duda á la certeza. En el día se reconoce generalmente que Descartes destruyó una gran parte de sus fundamentos para que su edificio quedase sólido, y á los lectores que gustan poco de disertaciones metafísicas, debe parecer un visionario que se divierte en imaginar necesidades destituidas de sentido común. Pero es justo advertir que nadie tenía más cuidado que él en garantizarse de todo escepticismo práctico en los negocios de la vida, pues llega hasta sostener que adoptada una vez una opinión práctica por motivos que parecen probables, conviene sostenerse firmemente en ella como si estuviese fundada en una demostración; pero sentando por regla general que cada uno debe elegir las opiniones más moderadas entre las que encuentra en su país.

» Siete fueron las series de objeciones que se

hicieron contra las *Meditaciones*. La primera es del teólogo Cater, la segunda de Mersenne, la tercera de Hobbes, la cuarta de Arnauld, la quinta de Gassendi, la sexta de algunos anónimos y la última del jesuita Bourdin; pero Descartes respondió á todas con sutileza y energía. La controversia de mayor importancia fué la que tuvo con Gassendi, cuyas objeciones reprodujo más concisamente y con menos habilidad Hobbes, y dieron en la filosofía moderna la primera señal de una guerra ya antigua en psicología entre la escuela sensualista y la idealista. Descartes había resucitado y puesto más en claro la doctrina del alma como independiente en un todo de los sentidos y no siendo de la misma naturaleza de los objetos de estos. Stewart no admite que enseñase por primera vez la inmaterialidad del alma: se podría demostrar hasta la evidencia, dice, que muchos escolásticos y los más sabios filósofos antiguos, describiendo el espíritu como un soplo ó como una chispa del fuego celeste, empleaban estas expresiones sin ninguna intención de materializar su esencia, sino por falta de términos más á propósito. Pero si no se puede decir que Descartes fué el primero que sostuvo la inmaterialidad rigurosa del alma, es claro que esta doctrina, lejos de ser general, estaba poco conforme con la común opinión de su tiempo; los padres de la Iglesia, excepto San Agustín y tal vez algún otro, habían enseñado la corporalidad de la materia que piensa (1); y Arnauld parece que considera como una novedad entre los modernos la doctrina cartesiana.

» Pero es menester confesar que la firme creencia de Descartes en la inmaterialidad del principio que piensa, se hallaba unida á concesiones muy favorables al materialismo, porque pensaba que la imaginación y la memoria eran partes del cerebro, en las cuales las imágenes de nuestras sensaciones se conservan bajo formas corporales, y atribuía á la imaginación una energía de movimientos capaz de producir las acciones involuntarias que ejecutamos con frecuencia y todos los movimientos de las bestias. Mas sus ideas sobre las relaciones del alma con el cuerpo y todas las teorías fisiológicas que más le agradaban, honran poco á la filosofía cartesiana y prestaron un apoyo fácil al ridículo. Creía, según parece, que la psicología debía encontrar en las investigaciones anatómicas lo que entonces no podía y tal vez nunca podrá obtenerse. Habiéndole preguntado un día dónde estaba su biblioteca, *vedla aquí*, respondió, señalando un ternero que estaba disecando. Su tratado sobre las pasiones, materia tan sublime en la filosofía del espíritu humano, se compone de hipótesis indigestas y de observaciones descaminadas sobre las causas y los efectos físicos de estas.

» Descartes (y esto puede llamarse un sincere-

(1) En la Narración, t. II, hemos demostrado que esta aserción es falsa.

tismo de los sistemas material é inmaterial) colocó la mansión del alma en la glándula pineal, parte del cerebro que prefirió por ser la única que no es doble. Por medio de una comunicación mutua que no trató de explicar, aunque otros metafísicos lo han intentado después, la inteligencia inextensa, limitada de este modo á un solo punto, recibe las sensaciones producidas inmediatamente por las impresiones sobre la sustancia del cerebro. Esto no resuelve el problema; pero ¿está hoy resuelto? Un corresponsal anónimo, que se firmaba *Hyperspistes*, objetó que el alma, siendo incorpórea, no podía dejar huella en el cerebro con sus operaciones, como parece que lo exige su sistema. Descartes respondió de un modo muy notable, diciendo que « en cuanto á las cosas puramente intelectuales, no hay ningún recuerdo propiamente hablando, y la primera vez que se presentan al alma, vienen ya tan pensadas como la segunda, excepto en algunas ocasiones que suelen estar unidas ó como adheridas á algunos nombres, los cuales siendo corpóreos, hacen que nos acordemos de ellas. »

» Si los ortodoxos de entonces no estaban preparados aun para una doctrina que parecía favorecer la religión natural no menos que la doctrina de la inmaterialidad del alma, se comprenderá que Gassendi, del mismo modo que Hobbes, estaba muy empapado en el sistema de Epicuro para adoptar los principios espiritualistas de su contrario. Por esto Gassendi chanceándose en esta materia exclamó: *¡Oh alma!* y Descartes replicó: *¡Oh carne!* debilidades de hombres grandes; pero en realidad estas palabras compendian las dos filosofías espiritualista y materialista; la que produjo á Leibnitz, Kant y Stewart, y la que produjo á Hobbes, Condillac y Cabanis.

» No podían ponerse nunca de acuerdo dos escuelas que daban una definición diferente de la palabra tan principal *idea*: de donde provinieron disputas interminables aun entre sus discípulos, Gassendi, adoptando la máxima escolástica, *Nada hay en el entendimiento que no haya estado antes en los sentidos*, la llevó mucho más allá que aquellos de quienes la había tomado, y sostuvo que no había más ideas que aquellas cuya imagen se había ofrecido al espíritu. Descartes le hizo observar muchas veces, y también á Hobbes, que él entendía por idea todo aquello que puede concebir el entendimiento, aun cuando no pueda representarlo la imaginación. Así nosotros nos representamos un triángulo; pero también podemos concebir una figura de mil lados: sabemos que existe, podemos raciocinar sobre sus propiedades; pero no tenemos en el espíritu ninguna imagen en virtud de la cual podamos discernir este polígono de otro que tenga un número de lados mayor ó menor. Hobbes, queriendo responder á esto, dijo esta paradoja: « Por medio de la razón, esto es, del raciocinio, no podemos con-

cluid nada en cuanto á la naturaleza de las cosas, sino solo en cuanto á sus nombres. » No se hubiera creído nunca que un hombre que conociese á lo ménos los elementos de la geometría, pudiera caer en un error semejante, supuesto que no parece que intentase hablar solamente de las sustancias naturales, bajo cuyo aspecto su modo de hablar podía decirse que era una mala expresion de lo que demostró despues Locke con mas claridad. Es evidente que el entendimiento puede concebir lo que la imaginacion no puede pintar y raciocinar sobre ello; verdad que resulta no solo del ejemplo del polígono que cita Descartes, sino de un modo mas terminante de toda la teoría de los infinitos, los que por cierto son alguna cosa mas que simples palabras, por mas que estas nos ayuden á explicarlos á los demas y á nosotros mismos.

» Dugald Stewart insiste en los servicios que Descartes ha prestado á la filosofía psicológica dirigiendo la vista del alma hácia ella misma y habituándonos á vigilar las operaciones de nuestra inteligencia, que aun cuando se ejercen sobre ideas obtenidas por los sentidos, se distinguen de ellos tanto como el operario de su trabajo: por esto dió á Descartes el título de padre de la filosofía experimental, como si hubiese sido para el hombre lo que Bacon para la naturaleza. Observando con paciencia lo que en él acontecia, y teniendo, por decirlo así, su alma como un objeto colocado en un microscopio, único medio para un buen metafísico, se acostumbró á despojarla de esta cubierta de los sentidos que nos esconden á nosotros mismos. Stewart notó que Descartes habia emitido esta opinion que le parece paradójica, á saber: que la *esencia* del alma consiste en el pensamiento y la de la materia en la extension. Es verdad que no puede probarse que la accion del pensamiento sea tan inseparable del alma como la extension de la materia, supuesto que siendo sucesivos nuestros pensamientos, se comprende no ser imposible que haya intervalos de duracion entre ellos; pero no puede decirse que esto sea una paradoja. El que teniendo en cuenta esta palabra *esencia*, se inclinase á suponer que Descartes confundió la sustancia que piensa, el *yo*, en cuyo seno como en la superficie del mar las olas de la percepcion se elevan con el soplo de los sentidos, con la percepcion misma, ó lo que no es mas sostenible, con la accion reflexiva, ó sea el pensamiento, y presintiese la extraña paradoja que enunció Hume en su primera obra, y despues calló en sus *Ensayos*; el que creyese esto, vuelvo á decir, no solo sería injusto con uno de los entendimientos que mas penetraron este asunto, sino que debería cerrar los ojos en muchos pasajes en que se halla establecida con claridad la distincion, y principalmente en su respuesta á Hobbes: « El pensamiento se diferencia de lo que piensa, como el modo de la sustancia. »

» En los escritos metafísicos de Descartes se encuentran varias proposiciones singulares que le hicieron desmerecer como filósofo: una es el negar el pensamiento á las bestias, proposicion que parece fundó en el mecanismo de sus órganos corporales, que, segun él, basta para explicar todos los fenómenos de los movimientos de los animales, y para obviar la dificultad de atribuirles almas inmateriales; otra es el no admitir las causas finales al explicar la naturaleza, como si fuesen muy superiores á nuestra comprension é inútiles á quien tiene la prueba intrínseca de la existencia de Dios; y en fin es otra su principio todavía mas paradójico de que la verdad de los principios geométricos y de cualquiera otro axioma de certeza intuitiva depende de la voluntad de Dios: idea que parece un resto de su primitivo escepticismo; pero que defiende obstinadamente en toda su correspondencia.

» Rara vez sucede que los hombres de genio original é independiente estén exentos de errores notables. Descartes habia demolido un edificio levantado con los trabajos de casi veinte siglos, y habia tenido bastante razon bajo muchos aspectos; pero llevó muy adelante su desprecio á cuanto habian hecho sus predecesores, por lo que á su vez fué refutado y vencido. Mas aunque se olvidaron los grandes descubrimientos con que enriqueció la psicología, el haber sido el primero que introdujo en la creencia popular y en la doctrina filosófica la inmaterialidad del alma, prueba suficientemente la influencia que ejerció sobre la opinion de los hombres. Sin embargo, no deduce la inmortalidad del alma de la inmaterialidad, y se contenta con decir que en virtud de la diferencia intrínseca que existe entre el alma y el cuerpo, la disolucion del uno no llevaria consigo la necesidad de que la otra dejase de existir, sino que tocaba á Dios el decidir si debía continuar, y esta decision solo podia saberse por la revelacion. Los argumentos mas poderosos que suministra la razon en favor de la existencia del alma despues de la muerte, no pertenecen á la filosofía de Descartes y no son muy satisfactorios. En una carta dice: « Dejando á un lado lo que nos enseña la fe, confieso que con sola la razon natural podemos hacer muchas conjeturas en beneficio nuestro y tener bellas esperanzas, pero ninguna certeza. »

» Tal vez conoció por primera vez que las definiciones de palabras bastante claras por sí mismas son fútiles ó impenetrables. Esto solo distinguiria su filosofía de la de los peripatéticos, quienes por veinte siglos se afanaron y cansaron en esfuerzos ininteligibles para sujetar á definiciones lo que se resiste á la definicion. En el diálogo póstumo sobre *la investigacion de la verdad*, un interlocutor le hace una objecion que en realidad le habia hecho Gassendi, á saber: que para probar la existencia por medio del pensamiento, sería menester saber antes qué es la existencia

y qué el pensamiento. A esto responde el representante de Descartes: « Yo soy de vuestro parecer, pues en efecto conviene saber qué es la duda y qué el pensamiento, antes de estar enteramente convencido de la verdad de este raciocinio: *Dudo, luego existo*, ó lo que es lo mismo, *Pienso, luego existo*. Pero no creáis que para saberlo sea necesario violentar nuestra alma y ponerla en tortura para conocer el *género próximo* y la *diferencia esencial*, y componer una definicion en regla. Déjese esto al que quiera hacer de profesor, ó disputar en las escuelas; pero el que quiere examinar las cosas por sí mismo y juzgarlas segun las concibe, no puede estar privado de sentido comun hasta tal punto que no vea con claridad, si pone atencion en ello, qué es la duda, qué el pensamiento, y qué la existencia, y que tenga necesidad de aprender sus distinciones. Ademas hay cosas que hacemos mas oscuras queriéndolas definir, porque siendo muy simples y claras, no las podemos saber y comprender mejor que por sí mismas. Por otra parte, entre los principales errores que pueden cometerse en las ciencias, es menester colocar la opinion de los que querian definir lo que no se puede mas que concebir, y distinguir lo que es claro de lo que es oscuro... En vano definiríamos lo blanco para hacerlo comprender al que no pudiese verlo, en tanto que para conocerlo basta abrir los ojos y verlo; del mismo modo para conocer lo que es la duda y el pensamiento, basta dudar y pensar. »

» Nada es mas á propósito para quitar las cavilaciones escolásticas que el limitar así su ejercicio favorito, la definicion. Y como que se ha acusado con frecuencia á Descartes de haberse apropiado descubrimientos ajenos, es justo concederle uno de los mas importantes de que puede gloriarse la lógica moderna.

» Tambien parece que estuvo cerca de dar un paso muy avanzado para su siglo. « Tomemos, dice, un poco de cera acabada de sacar del panal, y verémos que no ha perdido aun la dulzura de la miel que contenia y conserva todavía algo de la fragancia de las flores de donde fué tomada; se ven su color, figura y tamaño; es dura, fria, blanca, y golpeándola, produce un sonido; en suma tiene todas las cualidades que constituyen un cuerpo. Pero si se la aproxima al fuego, pierde el sabor que le quedaba, se evapora su olor, cambia su color, pierde su figura, aumenta su tamaño, se vuelve líquida, se calienta, apenas puede tocarse, y cuando se la golpea, no produce sonido alguno. Y despues de estos cambios ¿queda la misma cera? Sí queda: nadie lo duda. ¿Qué era, pues, lo que se conocia distintamente en este poco de cera? Nada de lo que se habia notado por medio de los sentidos, supuesto que cuanto pertenece al dominio de estos se ha cambiado, y sin embargo queda la misma cera, »

» Lo que resiste á todos los cambios de las cualidades sensibles no puede ser objeto de la imaginacion, supuesto que esta debe representar algunas de dichas cualidades, y ninguna de ellas es esencial á la cosa: no puede, pues, ser concebida sino por el entendimiento.

» Despues que los escritos de Locke y sus discípulos, y el crisol de los químicos arrojaron de su santuario estas sustancias abstractas de los objetos materiales, parecerá extraño que un hombre de tan portentosa penetracion, un pensador tan reflexivo como Descartes, no haya observado que la identidad de la cera despues de líquida es de puro nombre y proviene del arbitrio del lenguaje, el cual en muchos casos da nuevas denominaciones á las mismas agregaciones de particulas, despues de haber cambiado sus cualidades sensibles, y que todo lo que llamamos *sustancias* no son mas que agregaciones de corpúsculos movibles y resistentes, los cuales segun las leyes de la naturaleza tienen la facultad de afectar de diverso modo nuestros sentidos, en virtud de las combinaciones en que pueden entrar y los cambios que sucesivamente pueden experimentar. Si hubiese conocido esto con claridad, como no creo que sucediese, no hubiera dejado de divulgar su descubrimiento. Ya habia causado sospechas á la ortodoxia con una cosa que hoy parece evidente á muchos hasta el punto de considerarla como un juego de palabras, esto es, que el color, el calor, el olor y las demas cualidades secundarias, ó digamos accidentes, no existen en los cuerpos, sino en nuestras almas, y son efectos de sus cualidades intrínsecas ó primeras. Las escuelas enseñaban que eran realidades sensibles inherentes á los cuerpos, y la Iglesia habia establecido que retirada la sustancia del pan de la hostia consagrada, los accidentes quedaban como antes, pero independientes y no inherentes á ninguna otra sustancia. Descartes trató de deshacer esta objecion propuesta por Arnauld con nuevas teorías de la transustanciacion; pero la Iglesia Católica tuvo siempre por sospechoso el cartesianismo.

» Stewart considera como un gran mérito que Descartes en todos nuestros raciocinios sobre el alma humana haya atribuido una autoridad suprema é incontestable á la evidencia que resulta del sentido íntimo. Ciertamente hay verdades que conocemos intuitivamente, esto es, con la vista interior é inmediata del alma, y esto no tendria término al raciocinar, si al fin no tuviera que detenerse en las verdades que no puede probar. Gassendi dijo que Descartes sobreentendía en su entimema fundamental la mayor *quod cogitat est*. Pero Descartes respondió que era un grande error creer que el conocimiento de las proposiciones particulares deba decirse siempre de las universales, segun el orden de la dialéctica; mientras que por el contrario, por medio de nuestro conocimiento de las nociones particulares, nos elevamos á las generales, cuantas veces se pueda de la ge-